

**7 – Por los pueblos blancos, grandes mansiones y magnifico urbanismo de: Betschodof, Hoffeen, Hunspach y Seebach. En la preciosa Wissembourg, me adentro en los Vosgos del Norte.**

## **BETSCHODOF**



Me aproximaba a Betschodof conduciendo rodeado de campos, prados y cultivos bordeados por bosquillos espesos, arbustos desgredñados y antiguos muros de piedra cubiertos limo. El verde intenso de los prados destacaba sobre una fina capa de nubes blanquecinas que permitían el paso de un voraz sol.

Desde la entrada del pueblo se podía contemplar una fila infinita de casas de aspecto pintoresco, que se extendía a derecha e izquierda, alineadas todas ellas en una hilera perfecta y disfrutando de un silencio respetuoso. La variación arquitectónica de la región era visible, con sus casas del s.18 de tejados saledizos en las plantas superiores y el entramado de madera oscura destacando sobre las fachadas blancas. Casas que eran de un níveo cegador. Y como era habitual, el punto de color lo ponían las jardineras con los geranios y hortensias en flor. Los jardines estaban todos limpios y en orden y habían colocado aquí y allá algunas figuras, fuentes o esculturas y diversos utensilios de porcelana típica de la región.

Rótulos, en gastadas letras, coronaban los comercios, talleres y escaparates. Letreros de madera oscura que no debía de haber variado en generaciones. Tiendas y obradores, que se dedicaban a la producción de la famosa cerámica de Berschodof, cuyas piezas se encontraban expuestas en jardines o sobre la misma acera. Por la noche, al cerrar los artesanos, permanecían expuestas en el mismo lugar. Era increíble la seguridad y confianza en estas aldeas.



En conjunto el pueblo respiraba belleza, serenidad y antigüedad bajo un sol que era implacable. Un calor tórrido, radiante. Sin brisa. En el reinaba una calma extraña. Aquellos eran los lugares que me gustan, sitios en los que se desarrollaba la vida de verdad y donde también el tiempo parecía transcurrir de forma distinta.

Betschodorf es conocida por su famosa cerámica de gres azul y gris. Desde el s.18 el pueblo ha vinculado su prosperidad a esta cerámica, caracterizada por piezas de arenisca gris con decoración azul cobalto acristalada y barnizada por la proyección de sal durante la cocción. Esto hace que las piezas sean impermeables y permitan así que los alimentos se conserven.

Tenía decidido pasar la noche en este lugar. Había un área artesanal que me parecía cómoda, estaba en el mismo pueblo y en un lugar natural entre prados silenciosos. Había muy pocas AC. A la noche, como siempre, busqué un agradable banco al lado de "la Marie" donde la luz pálida del alumbrado público apenas me iluminaba la lectura.

















# HOFFEN



En el despertar me sentía desorientado, no sabía dónde me encontraba y recuperaba poca a poca la capacidad de pensar. Muy despacio, fue acudiendo a mi memoria la aldea en la que me hallaba y todo lo que llevaba visitado. El tropel de imágenes y recuerdos atesorados en este viaje, ya eran demasiados.

La carretera continuaba por un paisaje montañoso bajo y en una sucesión de colinas intercaladas con valles, donde fluían pequeños arroyos que dotaban de fertilidad a los campos, facilitando la actividad agrícola.

Hoffen impresiona tanto que resulta imposible no dejarse seducir por su atractivo visual. Es uno de esos encantadores pueblos alsacianos, poco visitado por los turistas, pero que sin embargo ofrecía un conjunto homogéneo muy agradable y donde descubría casas, algunas grandiosas, con el clásico entramado de este rincón del norte de Alsacia.





Cada casa era de un blanco impoluto que hacia resaltar el entramado de madera oscura, en geometría variable, y con tejadillos adicionales en la fachada. El tejado de dos aguas aparecía achatado en su punta. Sus jardines eran impecables e inmejorables el estado de las fachadas. Paseaba disfrutando de un silencio respetuoso y aunque era temprano, el sol veraniego ya era implacable y la temperatura parecía dispuesta a alcanzar valores records. No corría ni la más ligera brisa para procurar cierto alivio. La calle principal, llamada “Rue du Tilleul”, atraviesa el centro del pueblo bordeada por magnificas casas de arquitectura tradicional del norte, que combina el blanco con la madera, sin colores flamantes. Los tonos apagados de las contraventanas ponían un punto de color diferente. Parecía una zona de campo poblada por gentes que habían elegido vivir en contacto con la naturaleza.

Esta región de la Alsacia del Norte está fuera de las muchas rutas turísticas de la región, lo que le ha permitido conservar su carácter y tradiciones de antaño. En este lugar logré distinguir por primera vez el idioma de Alsacia. Anteriormente solo había oído el francés o la confundía con la de los turistas alemanes. Dos abuelas hablaban entre ellas en una lengua que no era francés y parecían residentes de este lugar. Les pregunté por su idioma, era la lengua de Alsacia.











## HUNSPACH



Era un día de finales del verano, el otoño se aproximaba y un sol excepcional llameaba sobre los campos. De “Hoffen” entré en una carretera nacional, en la que al poco salí de ella para llegar a “Hunspach”, era otra aldea en la que también me aguardaba algo valioso. Como el asombro y la capacidad de maravillarme. Lo más característico era también su entramado de madera sobre fondo blanco, ofreciendo una romántica imagen. La claridad era tan cegadora que confundía los sentidos. Allí todo era extraordinario y aunque las casas parecían semejantes también resultaban misteriosas, insondables, completa y absolutamente mágicas. Casas muy antiguas, similares entre sí, con una continuidad de apariencia que constituye la esencia y la gran fascinación de este pueblo. Un lugar muy homogéneo y donde caminaba al azar, siempre descubriendo hermosas casonas de un blanco deslumbrante con los rayos del sol.





Entre el color blanco asomaba, en un contraste alocado, el verde intenso y el colorido de la vegetación de los jardines que desprendían un olor característico que impregnaba todo el pueblo. La panorámica del conjunto, como si alguien hubiera querido ribetearla del modo más bello posible, lucía enmarcada por los grandes techados rojos. Bajo el intenso cielo azul cobalto resaltaban una amalgama de colores, verde de los jardines, blanco de las fachadas, negro de la madera y el rojo de los techados.

Parecía que había entrado en un mundo sobrenatural y silencioso. No había ni un alma. Este pueblo tiene una particularidad única, conocida solo leyendo la guía de viaje, y era la búsqueda de este detalle la que se convertía en un juego de visión y quizás imaginación. Muchas de las casas tienen los cristales de las ventanas ligeramente redondeados, un truco que permite a los habitantes mirar por las ventanas sin que desde afuera se vea el interior de las casas. Nunca había visto este inteligente detalle de discreción... o indiscreción.

Como datos históricos curiosos, el pueblo es protestante. En 1619 estuvo bajo la administración sueca y en las guerras de los 30 años fue arrasada y quemada por las tropas imperiales católicas. Inmigrantes suizos la repoblaron. En 1787, la corona de Suecia cede todos los derechos a la corona de Francia.











## SEEBACH



El sol veraniego inundaba con su resplandor aquel mundo verde, sobre una tierra de suaves colinas. Al Oeste se hallan los Vosgos y al norte la frontera alemana. Las aldeas de esta región han conservado el aspecto típico del norte de Alsacia, con casas blancas y entramado de oscura madera. Parecía prodigioso que en estas tierras se hubiera efectuado, en la II Guerra Mundial, la batalla de carros de combate más grande realizada sobre suelo francés. También se veían numerosas señalizaciones que informaban, a los turistas y visitantes, de las localizaciones de diversas estructuras de la Línea Maginot. Muy cercana a Seebach se hallaba la fortaleza de Shoenenbourg, yo me estaba reservando para visitar otra más adelante. Al llegar a Seebach me quedé embelesado con este rincón de Alsacia. Lo que veía era un desafío a la razón, no me atrevía a creerlo. Era imposible tal perfección. Eran unas casas encantadoras, restauradas, cuidadas con esmero y decoradas con mucho gusto, con sobriedad y verdor. Un pueblo bellissimo, aunque muy dispersado, donde las amplias avenidas estaban bordeadas de grandes mansiones, jardines, árboles y plantas que parecían repetir siempre la misma sombra.





Los chalets estaban adosados unos a otros con una bonita parcela de tierra rodeándolos y parecían todos iguales, de aspecto genuino, muy cuidado y limpio. Calles impolutas y sin un alma. Los propietarios de estas magnificas arquitecturas, entusiastas de la jardinería, habían creado pequeños paraísos botánicos. Un césped cuidado, palmeras de troncos anchos, arboles decorativos o frutales, hortensias, grandes arbustos, huertas y cultivos. Todo superpuesto en una masa ordenada. Y por supuesto, no podía faltar una profusión de geranios colgando prácticamente de todas las ventanas, ofreciendo un contraste de color con las paredes blancas.

Deambulaba al azar por estas extrañamente amplias avenidas contemplando los magníficos jardines soleados que dotaban a la colorida floresta de un lustre adicional, que las hacia resplandecer en medio del centelleo de las casas que las rodeaban. El mundo de ahí era además silencioso. Un silencio blando, como de algodón, que parecía ahogar todos los sonidos. En el mes de Julio hay una fiesta en la que los orgullosos propietarios abren los patios de sus casas a las miradas golosas de los visitantes.







Al igual que el resto de las aldeas alsacianas, Seebach sufrió el azote de la Guerra de los Treinta años. Hubo muy pocos supervivientes y se introdujeron familias suizas para repoblar la ciudad. Al final de la Guerra Alsacia se convirtió en francesa, pero era mayoritariamente protestante, religión que fue perseguida. Al final de todo este periodo violento se empezó la reconstrucción del pueblo, las casas que ahora me entusiasmaban databan del 1750 a 1820.

Esta reconstrucción se realizó durante varias generaciones, por carpinteros pertenecientes a la misma familia, de ahí la razón de esa hermosa homogeneidad en su arquitectura. Un desarrollo urbanístico muy moderno, de calles abiertas y mansiones separadas. Olvidando antiguos diseños medievales de callejones oscuros y de casas comprimidas. Seebach es comparable a las actuales urbanizaciones residenciales de alta gama.













## WISSEMBOURG



Seguía conduciendo por la curvilínea y desnivelada carretera que va al margen de la frontera alemana y el río Lauter atravesando robledales, hayedos y plantaciones de manzanos. La ciudad de Wissembourg apareció apretujada contra lo escarpado y verdoso del terreno circundante. Destacaba sus murallas, las alineadas mansiones y una compacta masa de techos muy inclinados, coronados por las ventanas de las buhardillas y las torres de las iglesias. Wissembourg, llena de encanto, revela una arquitectura tradicional de estilo alemán, ya que la aldea se encuentra rodeada por la frontera de Alemania. Lo que la hace muy popular entre los turistas alemanes.

Llegué tarde y la luz declinante daba a los muros y a los pavimentos un matiz escarlata y ocre a la vez. El sol hacía jugar el resplandor sobre los colores propios de la ciudad y la coloración de fachadas, tejados rojos y jardines aparecían atiborrados de matices.





Estacioné al lado de las murallas, en un parque al lado del río Lauter, pasaría la noche aquí. Al atravesar los antiguos baluartes me encontré con un fascinante e imaginativo pueblo. Después del recorrido por los pueblos blancos y ordenados, volví a introducirme en el estilo medieval más puro. Varios ramales del río Lauter serpenteaban dentro de la población, creando un ambiente de placidez e intemporalidad. Al entrar me hallaba en el suburbio de Bitche, que fue construido ya en el s.9 y fue el hogar de los viticultores, cuyos emblemas todavía se puede ver en algunos dinteles de las puertas.

El apacible arroyuelo pasaba bajo minúsculos puentes peatonales, saturados de coloridos geranios, y que comunicaban ambas orillas, bordeadas por hermosas casas de colores. Algunas entramadas, otras de piedra arenisca roja de altos tejados y todas adornadas con flores. La “Maison de l’Ami Fritz” de 1550, con un ornamentado balcón que lleva los emblemas de los curtidores, custodiaba una esquina. Mientras el dulce murmullo del agua, en las compuertas y pequeñas esclusas, se propagaba por una ciudad sorprendentemente cuidada.







Alcancé un bellissimo jardín, al borde del río Lauter, y una extraordinaria animación reinaba en el lugar. Era día de mercado y cálidos aromas de asados, embutidos o pan cocido embalsamaban el aire. En la plaza destacaba el edificio más emblemático de Wissembourg, La “Maison du Sel”. En la superficie del techo, de empinada pendiente, se destacaban tejadillos bajo los cuales se abren unos largos tragaluces. Inicialmente fue un hospital en el 1448, antes de convertirse en matadero y depósito de sal. Este lugar permitía dar paseos románticos por las orillas y canales floridos del río, donde podía descansar y sentir vivir realmente. Era un lugar donde mi cuerpo se impregnaba de todo y bebía a grandes tragos la vida que me rodeaba.

En la “Place de la République” se alzaba el ayuntamiento, construido en 1741. Era de piedra rosa con un frontón y una torre con reloj. En este lugar se ubicaba la oficina de turismo. Seguí avanzando por el burgo lleno de gente entre callejuelas estrechas y animadas, en su mayoría peatonales, con muchas tiendas. Aparecían vistas del río Lauter, encajonado por antiguas casas de colores con paredes entramadas, eran rincones llamativos y pintorescos por su similitud a canales. Acercándome a la iglesia St-Pierre et St Paul se hallaba el edificio de los caballeros teutónicos del 1606, estaba adyacente el antiguo granero de diezmos de la antigua abadía. Se distinguía por su peculiar y gran tejado con multitud de pequeñas aberturas.







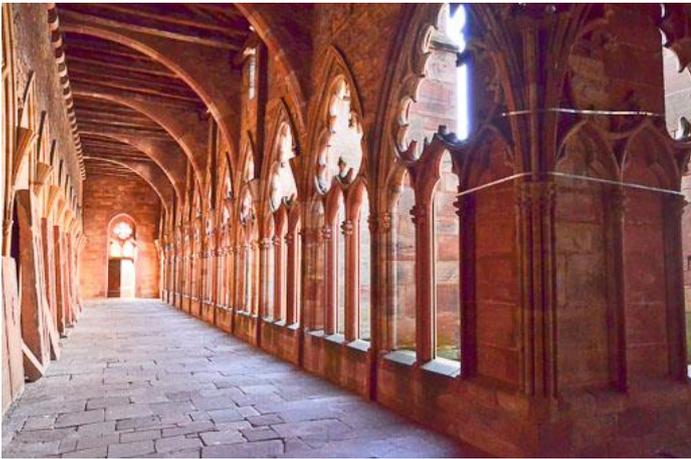
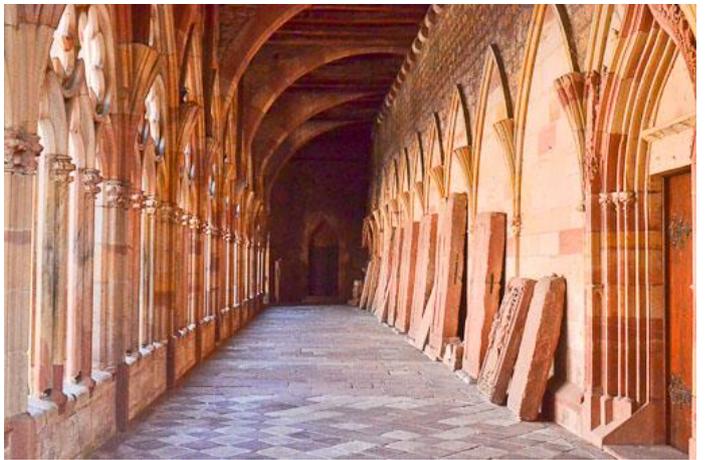




La iglesia de “St-Pierre et St-Paul” tiene un encanto único, con su estilo Gótico arcaico y su macizo campanario Románico de un oscuro color rojo, único testigo de la antigua iglesia románica que ocupaba el mismo emplazamiento. Esta maravilla fue construida en arenisca en el s.13 y es la mayor iglesia Gótica de Alsacia, después de la catedral de Strasbourg. Dentro del antiguo edificio reinaba un frescor agradable y las paredes estaban impregnadas de olor a incienso y cera fundida. Las lámparas, en los rincones oscuros, proyectaban amarillentos fulgores sobre la piedra y los rayos de sol atravesaban las ventanas arrancando un millón de coloridos reflejos, de las magníficas vidrieras situadas sobre mi cabeza.

El interior es un buen ejemplo de estilo Gótico- alsaciano, con una nave particularmente armoniosa. Junto a su impresionante arquitectura de columnas, capiteles y bóvedas destacaba la pintura al fresco de San Cristóbal del s.15. La mayor figura pintada de las que se conocen en Francia (11 m de alto). Las vidrieras del ábside del s.13, se encuentran entre las más antiguas de Alsacia. De la iglesia se pasaba a un suntuoso claustro gótico. Este parecía inconcluso y con una cierta impresión de abandono, no parecía tener un uso definido. Esto le confería una cierta sensación de misterio, más acusada por las grandes lapidas reposando sobre las paredes.







Wissembourg fue fundada por monjes benedictinos, que establecieron un monasterio en la Edad Media, en el s.7. Tuvo un desarrollo importante y en el s.11 se construyó la abadía, de la que subsiste el campanario. Los s.12 y 13 vieron nacer un pueblo a su alrededor, cuyos habitantes eran siervos de la abadía. En 1354 se negaron a jurar lealtad al abad y se independizaron. Diversos conflictos llevaron a la destrucción de la abadía en el s.15.

En el s.16 la reforma protestante triunfó en la ciudad. A partir de esta fecha llegaron malos tiempos con revueltas campesinas, la guerra de los Treinta Años y el paso de múltiples ejércitos. En 1870 Wissembourg experimentó la primera batalla de la guerra franco-prusiana, con la derrota del ejército francés. El emperador Napoleón III se consideraba un estratega, al nivel de su tío Bonaparte, pero fue un militar incompetente. Encadenó derrota tras derrota hasta que fue capturado con todo su ejército. En esta guerra los alemanes llegaron a Paris 70 años antes de Hitler, Alsacia y Wissembourg se convirtieron en alemanas hasta el armisticio de la Gran Guerra, con el que retornó a Francia.





En el atardecer los rayos de sol corrían a lo largo de las fachadas y de las murallas del s.18, lanzando brillos naranjas hacía el cielo crepuscular. Después de pasear por los baluartes me aproximé a la plaza del Mercado de Sal. Como siempre, en estos momentos de tranquilidad, paseaba retomando la costumbre de mis diálogos imaginarios al tiempo que recordaba los acontecimientos de la jornada.

Sentado en la plaza descansaba, leyendo un libro, mientras escuchaba al río Lauter gorgotear de forma apagada. La noche había caído hacía mucho tiempo y una calma absoluta reinaba en las calles, parecía que en un instante todo el pueblo se había vaciado como por arte de magia y hacía una noche fabulosa. Aunque iba refrescando, la temperatura se mantuvo lo bastante suave, como para quedarme sentado hasta muy tarde.

A la mañana siguiente volví a salir para recorrer la ciudad, con el nuevo sol. Hacía otro día perfecto, pero el frío de la mañana hizo que me estremeciera, e instintivamente me cubrí con un polar. Fue la primera mañana en todo el viaje que tuve que abrigarme. Este nuevo día sería el último día del verano.



